

debía invadir las fronteras meridionales de la Francia. Cuarenta mil habían perecido, cuarenta mil se hallaban desparramados y otros cuarenta mil iban á lidiar para librarse de las horcas caudinas; pero contaban estos últimos con una poderosa caballería y con doscientas bocas de fuego.

Decidióse que á la mañana siguiente desembocaría el ejército entero por los puentes del Bórmida, pues había dos cubiertos por una misma cabeza de puente á pesar de los falsos informes dados al general Bonaparte: que el general Ott desembocaría por el mismo río á la cabeza de diez mil hombres, mitad infantería y mitad caballería, y tomando á la izquierda se dirigiría hacia el pueblo de Castel-Ceriolo; que los generales Haddick y Kaim, llevando el grueso del ejército, compuesto de unos veinte mil hombres, tomarían el pueblo de Marengo que da entrada á la llanura, y finalmente, que el general O'Reilly marcharía por la derecha por el Bórmida arriba con cinco ó seis mil soldados. Una poderosa artillería debía sostener aquel movimiento; quedó un destacamento considerable, especialmente en caballería, á espaldas de Alejandría sobre el camino de Acqui para observar las tropas de Suchet, sobre cuya llegada circulaban noticias inciertas.

Dejamos ya descrita la vasta llanura de Marengo, cuya extensión atraviesa la carretera de Alejandría á Plasencia, y que circuyen el Scrivia y el Bórmida. Los franceses, procediendo desde Plasencia y el Scrivia, encontraron primero el pueblo de San Giuliano, y tres cuartos de legua más allá el de Marengo, que tocaba casi en el Bórmida y formaba el desembocadero principal de que tenía que apoderarse el ejército austriaco para salir de Alejandría. Prolongábase en línea recta por entre los dos pueblos mencionados el camino que iba á ser disputado, y extendíase por sus dos lados una deliciosa llanura cubierta de mieses y viñedos. Más abajo de Marengo, á la derecha de los franceses y á la izquierda de los austriacos, estaba situado el pueblo de Castel-Ceriolo, por cuyo extenso circuito debía pasar el general Ott para dar la vuelta á la división del general Víctor acampada en Marengo; contra Marengo, pues, iba á dirigirse el principal ataque de los austriacos, puesto que por él se entraba á la llanura.

Al quebrar el día pasó el ejército austriaco los dos puentes del Bórmida, pero su operación fué lenta por razón de que sólo tenía una cabeza de puente para desembocar. Pasó O'Reilly el primero, y encontró á la división de Gardanne, que hizo adelantar el general Víctor después de ocupado Marengo. Esta división se componía de las medias brigadas 101.^a y 44.^a. O'Reilly, apoyado por una numerosa artillería y con fuerzas duplicadas, la obligó á ciar y á encerrarse en Marengo; por fortuna desistió de perseguirla, y esperó á que el centro, mandado por el general Haddick, pudiera sostenerla. La lentitud de la marcha de travesía en el desfiladero formado por los puentes hizo perder á los austriacos dos ó tres horas; por fin los generales Haddick y Kaim desplegaron sus fuerzas á espaldas de O'Reilly, y el general Ott pasó aquellos mismos puentes encaminándose á Castel-Ceriolo.

Reunió inmediatamente el general Víctor sus dos divisiones para defender á Marengo y envió en seguida á decir al primer cónsul cómo avanzaba todo el ejér-

cito austriaco con la intención evidente de presentar batalla.

Una dificultad del terreno vino á favorecer muy oportunamente á nuestros intrépidos soldados. Un arroyo profundo y cenagoso, llamado el Fontanone, corría por delante de Marengo, y entre éste y el Bórmida, dividiendo á los austriacos de los franceses, desaguando en este río un poco más abajo. Colocó Víctor hacia su derecha, es decir, en el pueblo de Marengo, las medias brigadas 101.^a y 44.^a al mando del general Gardanne; á la izquierda del pueblo las 24.^a, 43.^a y 96.^a al mando del general Chambarlhac, y algo á la espalda al general Kéllermann con las 20.^a, 2.^a y 8.^a de caballería y un escuadrón del 12.^o El resto de éste fué enviado al Bórmida superior para observar los movimientos lejanos del enemigo.

El general Haddick se adelantó hacia el arroyo, protegido por veinticinco piezas que hacían terrible estrago en los franceses; lanzóse con valentía al cauce del Fontanone á la cabeza de la división de Bellegarde. El general Olivier Rivaud, saliendo al mismo punto del pueblo donde se abrigaba con las 44.^a y 101.^a, comenzó á disparar á boca de jarro sobre los austriacos, que pugnaban por desembocar. Trabajó una refriega de las más encarnizadas á lo largo del Fontanone. Haddick volvió repetidas veces á la carga; mas Rivaud, manteniéndose firme bajo las baterías de los austriacos, le contuvo con un fuego de fusilería nutrido y muy cerano y le repelió en desorden al otro lado del arroyo. El malhadado general Haddick fué herido mortalmente, y sus soldados se aventaron; Mr. de Melas hizo entonces avanzar las tropas del general Kaim, y mandó á O'Reilly subir el Bórmida arriba hasta un lugar llamado Stortigliona para dar sobre nuestra izquierda una carga con la caballería de Pilati. Pero hallábase á caballo en aquel instante el general Kéllermann al frente de sus jinetes observando los movimientos de los escuadrones enemigos, y Lannes, que había pernoctado en la llanura á la derecha de Víctor, acababa de formar en línea entre Marengo y Castel-Ceriolo. Hicieron entonces los austriacos un nuevo esfuerzo; las divisiones de Gardanne y Chambarlhac, colocadas en semicírculo alrededor del cauce del Fontanone, que forma la misma figura, se hallaban convenientemente situadas para dirigir sobre el punto de ataque fuegos convergentes, con los cuales destrozaron á las tropas del general Kaim. Entretanto el general Pilati había conseguido pasar por más arriba el Fontanone á la cabeza de dos mil caballos. El valiente Kéllermann, que en aquella jornada añadió nuevos títulos á la gloria de Valmy unida á su nombre, cayó sobre los escuadrones de Pilati no bien intentaron descender por aquel punto, los acuchilló y los precipitó en el cauce cenagoso de aquella escasa corriente que no pudiera haber trazado mejor el arte para proteger la posición de los franceses.

En aquel momento, aunque nuestro ejército, sobrecogido, no tuviese formados en línea más que los dos cuerpos de Lannes y de Víctor, es decir, unos quince ó diez y seis mil hombres para resistir á cerca de treinta y seis mil, sin embargo, gracias al error cometido en la víspera por los austriacos de no ocupar á Marengo, el cual por otra parte no dejó de proporcionarles ciertas ventajas, puesto que produjo en el general Bonaparte

un engaño, tenía nuestro ejército tiempo de aguardar á su jefe y á las reservas que habían quedado rezagadas ó que marchaban por el camino de Novi.

A tal punto las cosas, decidió Mr. de Melas á tentar los últimos esfuerzos para salvar el honor y la libertad de su ejército, y completamente auxiliado por sus soldados, todos veteranos y de corazón altivo por las victorias de la campaña precedente, hizo embestir de nuevo á la línea francesa. El general Ott, que había gastado mucho tiempo en desfilar, empezaba á poder maniobrar por la izquierda de los austriacos; hízolo para envolvernos, atravesó á Castel-Ceriolo y sobrecojió á Lannes que, situado entre aquel pueblo y Marengo al lado de Víctor, formaba el ala derecha de nuestra línea. Mientras la columna del general Ott absorbía la atención de Lannes, los cuerpos de O'Reilly, Haddick y Kaim se dirigían nuevamente reunidos hacia el Fontanone, haciendo frente á Marengo. Sostenía todas sus maniobras una formidable artillería; los granaderos de Lattermann entraron en el arroyo, le atravesaron y le treparon á la opuesta orilla; la división de Chambarlhac, situada á la izquierda de Marengo y á los flancos de los granaderos austriacos, hizo llover sobre ellos un fuego mortífero, pero un batallón de granaderos logró sin embargo mantenerse firme al otro lado del Fontanone. Redobló Mr. de Melas el cañoneo contra la división de Chambarlhac, á quien no protegían las casas del pueblo como á la que defendía el mismo Marengo; entretanto los gastadores austriacos construyeron á toda prisa un puente de caballetes; entonces el valiente Rivaud salió del pueblo de Marengo al frente de la media brigada 44.^a, y marchando á pesar de la metralla contra los que le asaltaban, iba ya á precipitarlos en el Fontanone, mas se vió detenido por una horrorosa descarga de artillería que agotó en una obstinada lucha las fuerzas de sus soldados y de resultas de la cual salió herido. Aprovechando aquel momento, adelantaron en masa los granaderos de Lattermann y penetraron en Marengo. Rivaud, cubierto todo de sangre, se puso otra vez al frente de la 44.^a, cerró impetuosamente con los granaderos y los arrojó de Marengo; pero recibido con un espantoso cañoneo siempre que dejaba el amparo de los edificios, no pudo hacerles repasar el arroyo que hasta entonces había defendido tan bien á nuestro ejército. Debilitado por la sangre que iba perdiendo, sin poderse apenas tener en pie, tuvo que dejarse llevar aquel valiente oficial lejos del campo de batalla. Los granaderos austriacos manteníanse en la posición que acababan de conquistar. En el mismo instante fué casi derrotada la división de Chambarlhac que, como acabamos de decir, carecía de todo abrigo y recibía las descargas de metralla á cuerpo descubierto. El general O'Reilly rechazó á la 96.^a, colocada en la extremidad de nuestra ala izquierda, y comenzó desde entonces á envolverla; por la derecha, Lannes, que en un principio sólo había tenido que combatir al cuerpo del general Kaim y que iba ya á arrojarle al cauce del Fontanone, se vió envuelto de improviso por el general Ott, que desembocaba por Castel-Ceriolo con numerosa caballería. Vanamente ejecutó las más vigorosas cargas la brigada de caballería de Champeaux, formada á retaguardia del cuerpo de Lannes, así como la de Kéllermann, situada á espaldas del cuerpo de Víctor; el desgraciado

Champeaux fué herido mortalmente, y nuestro ejército, envuelto por ambas alas, separado de aquel punto de Marengo á que se adhirió con tanta firmeza, ya no tenía fuerzas disponibles para sostenerle: corría grave riesgo de verse lanzado á la llanura que tenía detrás, donde nada podía protegerle contra doscientas bocas de fuego y una inmensa caballería.

Eran las diez de la mañana; la matanza había sido horrible; obstruía el camino entre Marengo y San Giuliano el hacinamiento de los heridos. Ya parte de las tropas de Víctor cedía al número de los contrarios y tomaba desordenada fuga, gritando que todo estaba perdido. Verdaderamente estaba perdido todo si no llegaban tropas de refresco en número suficiente y sin la presencia de un gran capitán capaz de reconquistar la victoria.

Advertido Bonaparte de que el ejército austriaco, lejos de huirle, como pensaba, le sorprendía en aquella llanura de Marengo tan desierta el día anterior, corrió á ella desde Torre-di-Garofolo, bendiciendo la feliz avenida del Scrivia que le había impedido ir á pernoctar á Voghera. Llevaba consigo la guardia consular, de fuerza escasa, pero de ardimiento incomparable, la cual se trocó posteriormente en guardia imperial; llevaba también la división de Monnier, compuesta de tres medias brigadas excelentes, y le seguía á corta distancia una reserva de dos regimientos de caballería; finalmente, enviaba orden á Desaix de encaminarse á marchas forzadas hacia San Giuliano.

Llega á galope el primer cónsul al frente de aquellas reservas al campo de batalla; encuentra á Lannes envuelto á la derecha por la infantería y caballería del general Ott, procurando no obstante sostenerse por la izquierda en las cercanías de Marengo, y á Gardanne defendiéndose todavía en los vallados de aquel pueblo, objeto de tan encarnizada refriega, y por otro lado á la división de Chambarlhac acribillada á balazos y dispersándose bajo el fuego de los austriacos.

Al ver aquello calcula con su perspicacia acostumbrada el medio que conviene emplear para restablecer la suerte de los acontecimientos; su ala izquierda mutilada se hallaba en completa derrota; pero la derecha, amagada solamente, se mantenía aún, y allí era donde había que acudir con el refuerzo. Fijándola de una manera sólida en Castel-Ceriolo, se proporcionaba un punto de apoyo en medio de la vasta llanura; podía además girar sobre su ala robustecida, desviar hacia la espalda el ala vencida, y ampararla de los golpes del contrario. Si con semejante maniobra llegase á perder la carretera de Marengo á San Giuliano, el daño sería de fácil remedio, porque hacia la espalda de su nueva posición pasaba otro camino que va á Salé y desde allí á las orillas del Po, con lo cual tenía asegurada la línea de retirada hacia Pavia. Colocado por otra parte á la derecha de la llanura, cae por el flanco sobre los austriacos, que tienen que tomar la carretera de Marengo á San Giuliano, si resuelven aprovecharse de la victoria.

Hechas estas reflexiones con la celeridad del rayo, pone en ejecución inmediatamente la resolución que acaba de ocurrírsele. Manda avanzar por la llanura, á la derecha de Lannes, los ochocientos granaderos de la guardia consular, con orden de contener á la caballería austriaca mientras llegan las tres medias brigadas de

Monnier. Formados en cuadro aquellos valientes, reciben con admirable serenidad las cargas de los dragones de Lobkowitz, y se sostienen imperturbables contra las repetidas embestidas de una nube de jinetes. Algo á su derecha, manda el general Bonaparte á dos medias brigadas que acaban de llegar dirigirse sobre Castel-Ceriolo; marchan éstas, que eran la 70.^a y la 19.^a, conducidas por el general Carra-Saint-Cyr, y unas veces formando cuadro para detener la caballería, otras en columna de ataque para embestir á la infantería, consiguen recobrar el terreno perdido y ampararse en los vallados y huertas de Castel-Ceriolo. En el instante mismo el general Bonaparte, al frente de la 72.^a, acude á reforzar la izquierda de Lannes, mientras el jefe de estado mayor Dupont va á reunir á los restos rezagados del cuerpo de Víctor perseguidos por los jinetes de Oreilly, pero protegidos por Murat con la reserva de caballería. La presencia del primer cónsul, la vista de las gorras de pelo de su guardia de á caballo, infunden nuevo coraje en las tropas y vuelve á empeñarse la lid con indecible ardimiento. El valiente Watrin, del cuerpo de Lannes, con la 6.^a de línea y la 22.^a repele á la bayoneta á los soldados de Kaim hacia el Fontanone; Lannes, infundiendo todo el ardor de su alma heroica en la 40.^a y en la 28.^a, impele á ambos contra los austriacos: combátese con encarnizamiento en toda aquella inmensa llanura; Gardanne intenta reconquistar á Marengo, Lannes trata de apoderarse del arroyo que tan poderosa protección ofreció á nuestras tropas al principio, y los granaderos de la guardia consular, formados sin cesar en cuadro, como una ciudadela viviente en medio de aquel campo de batalla, llenan el hueco entre Lannes y las columnas de Carra-Saint-Cyr, que se apoderaron de las primeras casas de Castel-Ceriolo. Pero el barón de Melas, precipitando con el arrojo de la desesperación todas sus fuerzas reunidas sobre Marengo, sale por fin del lugar, rechaza á los soldados extenuados de Gardanne, que en vano se acogen á todos los obstáculos naturales de aquel sitio, y Oreilly acababa de anadar con sus descargas de metralla á la división de Chambarlhac, que continuaba recibiendo al raso los disparos de una poderosa artillería.

No hay ya medio de sostenerse, y es forzoso ceder el campo. Manda el general Bonaparte ir cando poco á poco, aparentando gran serenidad y firmeza; pero mientras su izquierda, desalojada de Marengo y ya sin apoyo, retrocede rápidamente hacia San Giuliano en busca de aquel amparo, continúa él manteniendo la derecha de la llanura, defendiéndose lentamente merced al punto de Castel-Ceriolo, á la energía de la guardia consular y sobre todo á Lannes, que hizo entonces los esfuerzos más inauditos. Mientras éste se sostiene por la derecha, el primer cónsul conserva segura su línea de retirada por Salé hacia las orillas del Po, y si Desaix, enviado la víspera sobre Novi, llega á regresar á tiempo, aún puede reconquistar el campo de batalla y poner de su lado la victoria.

Entonces fué cuando Lannes y sus cuatro medias brigadas hicieron esfuerzos dignos de la admiración y gratitud de la posteridad. El enemigo, que desembocó en masa por Marengo, barría la llanura vomitando por ochenta bocas de fuego una granizada de balas y de metralla. Lannes, al frente de sus cuatro medias briga-

das, emplea dos horas enteras en andar tres cuartos de legua solamente. Cada vez que el enemigo se adelanta y le acosa de cerca, detiéndose y carga á la bayoneta; á pesar de hallarse desmontada su artillería, hace que unas cuantas piezas ligeras arrastradas por los mejores caballos maniobren con tanto arrojo como destreza, auxilién con sus fuegos á las medias brigadas estrechadas y perseguidas y osen presentarse en batería ante la formidable artillería austriaca. La guardia consular, á quien las repetidas cargas de caballería no pudieron hacer vacilar, se ve ahora atacada á cañonazos; procura el enemigo batirla en brecha cual si fuera una muralla, y dispara después contra ella á los fogosos jinetes de Frimont. Tuvo entonces grandes pérdidas, cedió un poco de terreno, pero no rompió su cuadro. Replegóse también Carra-Saint-Cyr y abandonó á Castel-Ceriolo, conservando no obstante su postrer apoyo en los viñedos que hacen espalda al pueblo. Quedamos nosotros entretanto dueños del camino que va de Castel-Ceriolo á Salé, y presenta la llanura por todas partes un dilatado campo de carnicería, en que se juntan á los estampidos de los cañones las explosiones repetidas de las arcas de municiones que mandó volar Lannes por no llevarlas consigo.

Había pasado ya la mitad del día: creía por fin Melas conseguir una victoria comprada á tanta costa. Aquel anciano, que por su bizarría al menos se mostró en aquella memorable jornada digno de su adversario, vuelve á Alejandría extenuado de fatiga; deja el mando á su jefe de estado mayor Mr. de Zach, y despacha correos á toda Europa anunciando su victoria y la derrota del general Bonaparte en Marengo. El jefe de estado mayor encargado del mando forma entonces en columna de marcha en la carretera de Marengo á San Giuliano el grueso del ejército austriaco, coloca á la cabeza dos regimientos de infantería, en seguida la columna de granaderos de Lattermann y después todo el bagaje; sitúa á la izquierda al general Oreilly, y á la derecha á los generales Kaim y Haddik, y en semejante orden intenta apoderarse de la carretera de Plasencia, que era el objeto de tantos esfuerzos y la salvación del ejército austriaco.

Eran ya las tres de la tarde: si no sobreveníra alguna nueva circunstancia, podía considerarse la batalla como perdida por los franceses, salvo el que consiguiesen al día siguiente reparar el revés de la jornada con las tropas que del Tesino y del Adda habían de caer sobre el Po. Quedaba, sin embargo, Desaix con la división de Boudet aún intacta; pero ¿llegaría éste á tiempo?.. Este era el incidente del cual dependía el éxito de la batalla. Los edecanes del primer cónsul corrieron en busca suya desde por la mañana, pero mucho antes de que diesen con él había Desaix mandado hacer alto al oír el primer cañonazo disparado en la llanura de Marengo. Aquel lejano estampido le anunció que el enemigo estaba allí, y no en Novi sobre el camino de Génova, adonde le enviaban para encontrarle. Al punto despachó á Savary con unos cuantos centenares de caballos sobre Novi para averiguar lo que por allí pasaba, permaneciendo con su división en la expectativa, oyendo siempre el cañoneo de los austriacos y de los franceses que resonaba sin cesar por el lado del Bórmida. No habiendo encontrado Savary tropiezo alguno en las cer-

canías de Novi, confirmóse Desaix en su atinada conjetura, y sin más tardanza se encaminó hacia Marengo, haciendo que le precedieran varios edecanes para anunciar al primer cónsul su llegada. Caminó todo el día: hacia las tres de la tarde empezaron á asomar las cabezas de sus columnas por la entrada de la llanura en las cercanías de San Giuliano, y él en persona arrancó á galope al encuentro del primer cónsul. ¡Feliz inspiración de su lugarteniente, tan entendido como leal! ¡Venturosa fortuna de la juventud! ¡Si quince años después hubiera encontrado el primer cónsul, tan bien servido ahora por sus generales, un Desaix en el campo de batalla de Waterlóo, hubiera conservado el imperio, y la Francia su preponderante destino entre todas las potencias de Europa!

La presencia de Desaix iba á cambiar la faz de los acontecimientos. Todos le rodean, todos le refieren la triste historia de la jornada; los generales forman corro en torno de él y del primer cónsul, y discuten con calor sobre tan apurada situación. Opinan la mayor parte por la retirada; el primer cónsul opina lo contrario, é insta con vehemencia á Desaix á que dé su dictamen. Éste entonces, recorriendo con la mirada aquel devastado campo de batalla, saca su reloj, mira la hora, y responde al general Bonaparte estas nobles y sencillas palabras: «Sí, esta batalla está perdida; pero no son más que las tres, y aún queda tiempo para ganar otra.» Alborozado el general Bonaparte con el consejo de Desaix, se dispone á aprovechar los recursos que éste le proporciona y las ventajas que le asegura la situación tomada desde por la mañana. Las fuerzas, en efecto, se hallaban situadas á la derecha de la llanura, ocupando la izquierda el enemigo en columna de marcha, como hemos dicho, marchando por la carretera hacia San Giuliano. Si Desaix se presentaba por este punto con seis mil hombres de tropas de refresco y caía de frente sobre los austriacos, podía obligarlos á detenerse mientras el grueso del ejército reunido los embistiera por el flanco. Inmediatamente se tomaron todas las disposiciones conducentes á este objeto.

Las tres medias brigadas de Desaix formaron frente á San Giuliano, algo á la derecha de la carretera: la 30.^a desplegada en línea, y la 19.^a y la 59.^a en columnas cerradas sobre las alas de la 1.^a; afortunadamente una ligera sinuosidad del terreno las ocultaba á la vista del enemigo. A su izquierda se hallaban los restos reunidos y un tanto recobrados de las divisiones de Chambarlhac y Gardanne al mando del general Víctor; Lannes á su derecha ocupaba la llanura parando su movimiento de retirada; más allá estaba la guardia consular y después Carra-Saint-Cyr, que se mantuvo lo más cerca posible de Castel-Ceriolo. Formaba así el ejército una dilatada línea oblicua desde San Giuliano hasta Castel-Ceriolo; entre Desaix y Lannes, y un poco á la espalda, se situó en un hueco la caballería de Kéllermann, y extendiase por todo el frente del cuerpo de Desaix una batería de doce piezas, único resto de la artillería del ejército.

Tomadas estas disposiciones, recorrió el primer cónsul á caballo las filas de sus soldados, y dirigiéndose á los diversos cuerpos: «Amigos míos, les dice, basta de retroceder; no olvidéis que yo acostumbro á hacer noche en el campo de batalla.» Después de infundir nuevo

aliento en sus tropas, que estaban ya impacientes de vencer desde que las tranquilizó la llegada de la reserva, da la señal de volver á la pelea y resuena en toda la línea el son de ataque.

Adelantábanse los austriacos por la carretera, más bien en orden de marcha que en guisa de batalla. La columna dirigida por Mr. de Zach iba la primera; algo á la espalda seguía el centro, medio desplegado por la llanura y haciendo frente á Lannes.

El general Marmont aparece de improviso con doce cañones; cae sobre la cabeza de la columna austriaca una espesa nube de metralla, y sorprendida con aquella nueva resistencia cuando juzgaba que los franceses tomaban decididamente la retirada, apenas acierta á volver de su repentino espanto, cuando ya Desaix cierra con la 9.^a de ligeros. «Vaya usted á advertir al primer cónsul, dijo á su edecán Savary, que voy á cargar, y que necesito que me apoye la caballería.» Desaix á caballo se pone al frente de aquella media brigada, atraviesa con ella el ligero recuesto que la oculta á la vista de los austriacos, y se presenta á ellos rudamente haciéndoles una descarga de fusilería á boca de jarro. Responden los austriacos, y cae Desaix herido de un balazo en el pecho. «Calle usted mi muerte, dijo al general Boudet, que era su jefe de división, porque pudieran desalentarse las tropas.» ¡Inútil precaución de aquel héroe! Viéronle caer sus soldados, y á imitación de los de Turona piden con desesperado grito vengar á su jefe. La 9.^a de ligeros, que mereció en aquella jornada el renombre de *Incomparable*, que conservó hasta la conclusión de nuestras guerras, después de vomitar sus fuegos forma en columna y cae sobre la masa compacta de los austriacos. Sorprendidos á su vista los dos primeros regimientos que abrían la marcha, cejan desordenadamente sobre la segunda línea y desaparecen entre sus filas. La columna de granaderos de Lattermann se encuentra entonces sola á la cabeza y recibe aquel choque como tropa escogida. Mantiénese firme y propágase el combate por ambos lados de la carretera. Apoyan por la derecha á la 9.^a de ligeros las tropas de Víctor reunidas y por la izquierda las medias brigadas 30.^a y 59.^a de la división de Boudet que imitan aquel movimiento. Defiéndense á duras penas los granaderos de Lattermann, cuando de repente estalla sobre sus cabezas una furiosa tormenta. El general Kéllermann, que á instancias de Desaix había recibido orden de cargar, parte á galope, y pasando por entre Lannes y Desaix coloca una división de sus escuadrones en triángulo para hacer frente á la caballería austriaca que tenía á la vista, y después cae con el resto sobre el flanco de la columna de granaderos, embestidos ya de frente por la infantería de Boudet. Aquella carga, ejecutada con bizarría extraordinaria, rompe por medio la columna; los dragones de Kéllermann acuchillan á derecha é izquierda, hasta que acosados por todas partes los infelices granaderos rinden las armas. Dos mil se entregan prisioneros, y el mismo general Zach á su cabeza se ve precisado á entregar su espada. Quedan así privados los austriacos de dirección para el fin de la batalla, pues Mr. de Melas, como ya se ha visto, creyendo la victoria segura había regresado á Alejandría. No se contenta Kéllermann con su primer triunfo, precipítase sobre los dragones de Lichtenstein y los pone en fuga: replié-

ganse ellos sobre el centro de los austriacos que se extendía en la llanura al frente de Lannes, ocasionando algún desorden; Lannes entonces avanza, y embiste vigorosamente al centro desbaratado de los austriacos, mientras los granaderos de la guardia consular y Carra-Saint-Cyr se dirigen de nuevo sobre Castel-Ceriolo, de donde no distaban mucho. Vuelven los franceses á tomar la ofensiva en toda la línea de San Giuliano á Castel-Ceriolo; avanzan ebrios de gozo y de entusiasmo viendo volver á ellos la victoria, y el desaliento y la sorpresa pasan á las filas de los austriacos.

¡Poder admirable de la voluntad, que con su obstinación consigue avasallar á la fortuna! Desde San Giuliano á Castel-Ceriolo avanza á paso de ataque la línea oblicua de los franceses, arrollando á los austriacos asombrados de verse envueltos en una nueva batalla. No tardó Carra-Saint-Cyr en reconquistar el pueblo de Castel-Ceriolo, y el general Ott, que en un principio se había adelantado hasta más allá de dicho pueblo, temiendo quedar envuelto trata de retroceder antes de verse incomunicado. Cunde al punto un terror pánico por toda su caballería, y huyendo á galope va gritando: «¡A los puentes!» Desde entonces sólo piensan sus soldados en quién llegará primero á cruzar el Bórmida; el general Ott, volviendo á pasar por Castel-Ceriolo con las tropas de Vogelsang, se ve en la necesidad de abrirse paso por entre los franceses; lo consigue y llega apresuradamente al río, donde todos se precipitan con ciego espanto.

En vano intentan los generales Kaim y Haddick mantenerse en el centro; Lannes no se lo permite, los arroja de Marengo y los va repeliendo hacia el Fontanone y del Fontanone al Bórmida. Pero los granaderos de Weidenfeld se mantienen firmes un instante para dar tiempo de retroceder á Oreilly, que se había adelantado hasta Cassina-Grossa. Por su parte la caballería austriaca intenta algunas cargas con objeto de detener la marcha de los franceses; pero la repelen los granaderos de á caballo de la guardia consular conducidos por Bessieres y el joven Beauharnais. Lannes y Víctor con sus cuerpos reunidos se lanzan por fin sobre Marengo, y desbaratan á Oreilly y á los granaderos de Weidenfeld. En los puentes del Bórmida crece la confusión por momentos; amontonanse en desorden infantes, jinetes y artilleros, y no pudiendo los puentes dar á todos cabida, arrójense muchos al Bórmida para pasarle á nado ó vadearle. La misma artillería quiso seguir aquel ejemplo, y hubo conductor que intentó y consiguió atravesar el río con su cañón; pero muchos trenes quedaron atascados en aquel cauce cenagoso. Los franceses les persiguieron ardorosamente y les tomaron hombres, caballos, cañones y bagajes. El desgraciado barón de Melas, que dos horas antes había dejado á su ejército victorioso, acudió al rumor de aquel desastre, y apenas pudo dar crédito á sus ojos: ¡grande fué su desesperación!

Tal fué la sangrienta batalla de Marengo, que como en breve veremos ejerció inmenso influjo en los destinos de la Francia y del mundo, pues dió en efecto por entonces la paz á la república y poco después el imperio al primer cónsul. Fué cruelmente disputada, y bien lo merecía, porque jamás los resultados fueron de más importancia para uno y otro adversario. Mr. de Melas

peleó para evitar una capitulación desastrosa; el general Bonaparte por su lado empenó en los azares de aquel día toda su fortuna. Las pérdidas, atendido el número de los combatientes, fueron enormes y excedieron á todas las proporciones ordinarias. Los austriacos perdieron cerca de ocho mil hombres entre muertos y heridos, y dejaron más de cuatro mil prisioneros; su estado mayor quedó terriblemente diezmado; murió el general Haddick, y fueron heridos los generales Vogelsang, Lattermann, Bellegarde y Lamarsaille y con ellos considerable número de oficiales. Perdieron, pues, entre los que quedaron prisioneros y fuera de combate, una tercera parte de su ejército, si constaba, como generalmente se cree, de treinta y seis á cuarenta mil hombres. Los franceses por su parte dejaron seis mil entre muertos y heridos, y unos mil prisioneros, ascendiendo su pérdida á una cuarta parte, contando con que entrasen en la acción unos veintiocho mil soldados. Su estado mayor quedó tan mal parado como el austriaco; los generales Mainony, Rivaud, Malher y Champeaux fueron heridos, y el último mortalmente. La pérdida más dolorosa fué la de Desaix; en diez años de guerra no había tenido que llorar la Francia mayor revés de la fortuna. Fué tanto lo que la sintió el primer cónsul, que no le permitió saborear el placer de la victoria. Su secretario Mr. de Bourrienne, yendo á darle el parabién por aquel milagroso triunfo, le dijo: «¡Qué magnífica jornada! - Sí, magnífica, respondió el primer cónsul, si hubiera podido esta tarde abrazar á Desaix en el campo de batalla. Había resuelto, añadió, hacerle ministro de la Guerra, y aun príncipe le hubiera hecho á estar en mi mano.» No sospechaba aún el vencedor de Marengo que pronto podría repartir coronas entre sus servidores. El malhadado Desaix yacía tendido cerca de San Giuliano, en medio de aquel vasto campo de carnicería. Su edecán Savary, con quien le unía la amistad de mucho tiempo atrás, le buscó entre los muertos, y reconociéndole por su abundante cabellera, lo recogió con piadoso esmero, le envolvió en el capote de un húsar, y poniéndole sobre su caballo, le llevó al cuartel general de Torre-di-Garofolo.

Reinaba el júbilo en el ejército á pesar de que inundaba la llanura de Marengo la sangre francesa. Soldados y generales conocían el mérito de su conducta, y apreciaban la inmensa importancia de una victoria conseguida á espaldas del enemigo. Los austriacos, por el contrario, estaban consternados, porque se consideraban envueltos y reducidos á sufrir la ley del vencedor. El barón de Melas, que perdió en aquella jornada dos caballos y que á pesar de su edad avanzada se había comportado como el más joven y bizarro soldado de su ejército, se hallaba sumido en el dolor más profundo. Había vuelto á Alejandría para descansar un momento mientras se juzgó vencedor; ahora veía á su ejército medio destruido huyendo en todas direcciones, abandonando su artillería á los franceses ó dejándola sepultada en los pantanos del Bórmida. Para colmo de desgracia, su jefe de estado mayor Zach, en quien tenía depositada toda su confianza, se hallaba á la sazón en manos de los franceses. En vano interrogaba con sus miradas á todos sus generales; ninguno quería darle consejo; todos maldecían al gabinete de Viena que los había entretenido con tan funestas ilusiones, precipi-

tándolos de aquel modo en un abismo. Pero era indispensable adoptar algún partido; ¿cuál sería este? ¿Conveniría pelear para abrirse paso? Ya lo habían intentado y no pudieron conseguirlo. ¿Retirarse hacia Génova, ó pasar el Po superior para forzar el Tesino? Estas determinaciones, difíciles ya antes de la batalla, eran imposibles después de dada y perdida. El general Suchet se hallaba rezagado algunas leguas con el ejército de la Liguria hacia Acqui; el general Bonaparte delante de Alejandría con el victorioso ejército de reserva. Iban ambos á reunirse y á interceptar el camino de Génova; el general Moncey, que custodiaba el Tesino con los destacamentos traídos de Alemania, podía ser socorrido por el general Bonaparte en tan corto tiempo como se empleara en marchar á su encuentro. No había, pues, esperanza alguna de salvación, y era forzoso adoptar la cruel idea de una capitulación (1). ¡Felices ellos si al abandonar la Italia conseguían la libertad del ejército austriaco y si obtenían de la generosidad del vencedor que ese malhadado ejército no quedase prisionero de guerra! De consiguiente, se resolvió que se enviaría un parlamentario al general Bonaparte para entrar en negociaciones. Fué elegido para este cargo el príncipe de Lichtenstein, y á la mañana siguiente, 15 de junio (26 pradiel), pasó al cuartel general de los franceses.

El primer cónsul por su parte tenía muchas razones para tratar. Su objeto principal quedaba cumplido, y la Italia libre con una sola batalla. Después de la victoria que acababa de conseguir y que dejaba por completo cercados á los austriacos, estaba seguro de conseguir la evacuación de la Italia; y hasta hubiera podido en rigor exigir que los vencidos depusiesen las armas y se entregasen prisioneros. Pero humillando de este modo el honor de aquellos valientes, se les impelia quizá á intentar un acto de desesperación, ocasionando un derramamiento de sangre inútil y sobre todo una pérdida de tiempo. Ausente de París hacía más de un mes, cumplíale regresar lo más pronto posible. Teníamos un prisionero, que era M. de Zach, el cual podía servir de poderoso medianero; franqueóse con él el primer cónsul, manifestó en su presencia su deseo sincero de hacer la paz y su disposición á favorecer al ejército imperial haciéndole las más honrosas concesiones. Llegando en esto el parlamentario austriaco le mostró las mismas

(1) No parece enteramente probado que tuviera Mr. de Melas precisión absoluta de acceder á una capitulación tan desventajosa como la que hizo, si después de la batalla de Marengo, en que la pérdida vino á ser casi igual por ambas partes, hubiera conservado mayor serenidad y no se hubiera abandonado á aquella especie de terror pánico que tanto abultó á sus ojos la victoria del francés; verdad es que uno de los grandes talentos de Bonaparte, y su arte principal en la guerra, fué saber explotar la menor ventaja para sacar de ella resultados considerables. No sólo sabía inclinar á su lado á la fortuna, mas también asombrar con arte mágico á sus enemigos y encarecerles su mala posición para obligarlos á capitular.

Además de otros varios puntos por donde pudo retirarse el barón de Melas, antes que firmar un convenio que causó el sonrojo de todos los oficiales de su ejército, tenía el camino de Mantua, donde podía asegurarse una excelente posición. Pero el vértigo se apoderó de la cabeza de aquel guerrero anciano, una especie de delirio le arrastró á una sumisión verdaderamente indigna, y por otra parte había en los destinos del general Bonaparte cierto fatalismo afortunado que sirve de disculpa al yerro de su enemigo. Lo cierto es que el desaliento del general austriaco es aún más inexplicable que la victoria de Marengo. (N. del T.)

intenciones que á Mr. de Zach, y encargó á ambos que se dirigieran con Berthier á Mr. de Melas para fijar las bases de una capitulación. Según su costumbre en todas las circunstancias análogas, declaró irrevocablemente las condiciones que en su idea había ya fijado, anunciando que no se las haría modificar conferencia alguna. Consentía en no exigir que el ejército austriaco fuese declarado prisionero, prestábase á dejarle ir con los honores de la guerra, pero exigía que fuesen inmediatamente devueltas á la Francia todas las plazas fuertes de la Liguria, del Piamonte, de la Lombardia y de las Legaciones, y que los austriacos evacuasen toda la Italia hasta el Mincio. Salieron al punto con dirección al cuartel general austriaco los que habían de negociar dicha capitulación.

Las condiciones de que eran portadores, aunque rigurosas, eran naturales y hasta pudiera decirse generosas. Sólo una, la entrega de Génova, era penosa y casi humillante después de vertida tanta sangre y de haberla ocupado sólo unos cuantos días, pero era evidente que el vencedor no variaría de propósito. Mr. de Melas, sin embargo, le envió su principal negociador para suscitar algunas contestaciones sobre el armisticio propuesto. «Señor mío, le dijo con calor el primer cónsul, mis condiciones son irrevocables; no empecé ayer á hacer la guerra, y conozco su posición de ustedes tan bien como ustedes mismos. Están ustedes en Alejandría atestados de cadáveres, de heridos y de enfermos, desprovistos de víveres, privados de lo más selecto de su ejército y envueltos por todas partes; podría yo exigir de ustedes mucho más, pero respeto las canas de su general y el valor de sus soldados, y sólo pido lo que exige imperiosamente la actual situación de los negocios. Vuelva usted, pues, á Alejandría: por más que se empeñe, no conseguirá otras condiciones.»

Firmóse el convenio en Alejandría el mismo día 15 sobre las bases propuestas por el general Bonaparte. Convínose ante todo en que habría suspensión de armas en Italia hasta que llegase la respuesta de Viena. Si se aceptaba allí el convenio, los austriacos podrían retirarse con los honores de la guerra detrás de la línea del Mincio; al hacerlo así, se comprometían á entregar á los franceses todas las plazas fuertes que ocupaban. Debían entregar los castillos de Tortona, Alejandría, Milán, Arona y Plasencia del 16 al 20 de junio (del 27 pradiel al 1.º mesidor); los de Ceva y Savona y las plazas de Coni y de Génova del 16 al 24 del mismo mes, y el día 26 el fuerte de Urbino. Debía dividirse el ejército austriaco en tres columnas, retirándose una en pos de otra á medida que se fuese verificando la entrega de las plazas. Las inmensas provisiones acumuladas por Mr. de Melas en Italia se habían de repartir por mitad: la artillería de las fundiciones italianas quedaba adjudicada al ejército francés, y al ejército imperial la de las fundiciones austriacas. Los imperiales, después de desocupar la Lombardia hasta el Mincio, la Fossa-Maestra y la ribera izquierda del Po, desde Borgo-Forte hasta la desembocadura de este río en el Adriático. Conservaba el ejército austriaco á Peschiera y á Mantua; suponíase también sin más explicaciones, que el destacamento de aquel ejército acampado á la sazón en Toscana, continuaría ocupando esta provincia. En dicha capitulación no se podía hacer mención de los